

que la habia costado horribles esfuerzos. Tal era su ocupacion que presentaba no menores dificultades que las de atacar y arruinar á la Inglaterra.

Dos meses habia ya que se habia reunido el congreso de Rastadt donde representaban á la Francia Bonnier, hombre de mucho talento y Treillard hombre de bien aunque áspero en su trato. En los pocos días que Bonaparte habia pasado en el congreso, se habia puesto de acuerdo secretamente con el Austria sobre los arreglos necesarios para la ocupacion de Maguncia y la de la cabeza del puente de Manheim. Se habia resuelto que las tropas austriacas se retirarian al aproximarse los Franceses y abandonarían las milicias del imperio, y que entonces debían apoderarse las tropas francesas de Maguncia y de la cabeza del puente de Manheim, ya fuese intimidando á las dichas milicias del imperio reducidas á su sola fuerza, ó ya dando el asalto en caso necesario, lo cual se ejecutó en los términos convenidos. Viéndose las tropas del elector abandonadas de los Austriacos entregaron á Maguncia, y las que estaban en Manheim aunque quisieron resistir, se vieron precisadas á ceder, bien que hubo que sacrificar algunos centenares de hombres. Era evidente despues de tales sucesos, que por los artículos secretos del tratado de Campo-Formio habia reconocido el

Austria la linea del Rhin para la república, supuesto que consentia en asegurarla los puntos mas importantes. Se convino además en que el ejército frances, durante las negociaciones, abandonaria la orilla derecha del Rhin y ocuparia la izquierda desde Basilea hasta Maguncia, y que en aquella altura podria continuar ocupando la derecha, pero alargándose por el Mein y sin pasar de sus orillas. En cuanto á los ejércitos austriacos, debían retirarse del otro lado del Danubio hasta el Lech y evacuar las plazas fuertes de Ulma, Ingolstadt y Philipsburgo, quedando su posicion con respecto al imperio, muy semejante á la de los ejércitos franceses. De este modo iba á deliberar la diputacion del imperio entre dos filas de soldados; pero el Austria no ejecutó francamente los artículos secretos sino que á favor de algun disimulo dejó guarniciones en Philipsburgo, en Ulma y en Ingolstadt. La Francia hizo la vista gorda sobre aquella infraccion del tratado por no turbar la buena inteligencia y luego se trató del recíproco envio de embajadores. Respondió el Austria que por el momento se contentarian con corresponderse las dos potencias por medio de los ministros que tenían en Rastadt, lo cual no daba á entender gran impaciencia en entablar relaciones amistosas con la Francia; pero era menester hacerse cargo de que despues de tantas derrotas y



humillaciones no era extraño que el Austria estuviese de mal humor.

Las primeras esplicaciones entre la diputacion del imperio y los ministros de Austria fueron bastante amargas, porque aquella se quejaba de que estos hubiesen contribuido á despojarla reconociendo la linea del Rhin para la república y entregando de un modo pérfido la plaza de Maguncia y la cabeza del puente de Manheim; sobre todo de que despues de haber arrastrado el Austria al imperio en su lucha contra la Francia le abandonaba y entregaba sus provincias en cambio de posesiones en Italia. A esto respondian los ministros del emperador que él se habia visto precisado á hacer la guerra por los intereses del imperio y defensa de los príncipes que tenian posesiones en la Alsacia; que despues de haber tomado las armas por interes de ellos, habia tenido que hacer esfuerzos extraordinarios durante seis años consecutivos; que se habia visto abandonado sucesivamente por todos los estados de la confederacion, que habia sostenido casi solo el peso de la guerra; que habia perdido en aquella lucha una parte de sus estados y particularmente las ricas provincias de la Bélgica y la Lombardia; y que despues de tales esfuerzos, y tan mal correspondidos, mas bien debia esperar gratitud que reconvençiones. La verdad era que el emperador solo habia toma-

do por pretesto á los príncipes posesionados en Alsacia para hacer la guerra, y la habia sostenido por su propia ambicion; que arrastró á ella á la confederacion germánica, muy á pesar suyo, y que ahora la vendia para indemnizarse á su costa. Despues de aquellas vivas esplicaciones que no vinieron á parar en nada, fue menester pasar adelante y ocuparse de la basa de las negociaciones, en las cuales pretendian los Franceses la orilla izquierda del Rhin, y proponian para indemnizar á los príncipes desposeidos de sus estados en medio de las secularizaciones. Mas el Austria, que no contenta con haber adquirido la mayor parte del territorio veneziario, queria indemnizarse tambien con algunos obispados, y habia hecho ademas sus convenios secretos con la Francia; y la Prusia, que estaba convenida con esta misma en indemnizarse en la orilla derecha del ducado de Cleves que habia perdido en la izquierda; y los príncipes desposeidos, que preferian adquirir estados en la orilla derecha al abrigo de la inmedicacion de los Franceses, mas bien que recobrar sus antiguos principados, todos juntos votaban porque se cediese la linea del Rhin y que las secularizaciones se empleasen en indemnizarlos. Así dificilmente podia el imperio defenderse contra todo aquel concurso de voluntades; pero sin embargo como los poderes dados á la diputacion contenian la



cláusula espresa de la integridad del imperio germánico , declararon los plenipotenciarios franceses que aquellos poderes eran insuficientes y exigieron otros. Logró la diputacion que se los diese la dieta , pero á pesar de que con ellos tuviese facultad para conceder la linea del Rhin y renunciar á la orilla izquierda , insistió la diputacion en defenderla , esponiendo muchas razones , por que estas nunca faltan en diplomacia. Decia la diputacion que el imperio germánico no habia sido el primero á declarar la guerra , sino que mucho ántes de que la dieta de Ratisbona la hubiese declarado , ya habia Custine sorprendido á Maguncia é invadido la Franconia , y así no habia hecho mas que defenderse. Privarla ahora de una parte de su territorio trastornaba su constitucion y comprometia su existencia , que era muy importante para toda Europa. Además , las provincias de la orilla izquierda que querian quitarla , eran de muy poca importancia para un estado tan estenso como la república francesa , y podia reemplazarse la linea del Rhin por otra linea militar , como por ejemplo la del Mosella. Ultimamente que la república renunciaba por unas ventajas muy miserables la gloria tan bella y pura que la resultaria de su moderacion política. En consecuencia proponia la diputacion abandonar todo lo que habia poseído el imperio del otro lado del Mosella y que se

tomase por límite á este rio. A estas razones tenia la Francia otras muy buenas que oponer diciendo que no habia duda en que habia tomado la ofensiva y principiado la guerra de hecho ; pero que la verdadera guerra , esto es la de intenciones , maquinaciones y preparativos , habia sido principiado por el imperio. Que en Tréveris y en Coblentz se habian reunido y organizado los emigrados para salir de allí formados en falanges destinadas á humillar , embrutecer y desmembrar la Francia. Que esta en lugar de ser vencida habia salido victoriosa , y se aprovechaba de ello no para causar el mal que habian querido hacerla , sino para indemnizarse de la guerra que la habian hecho , exigiendo su límite natural que era el del Rhin.

Se disputaba pues porque siempre se disputan las concesiones mas inevitables pero era evidente que la diputacion iba á ceder la orilla izquierda y si hacia alguna resistencia era solo por conseguir mejores condiciones en otros puntos litigiosos. A esto se reducian las negociaciones de Rastadt en el mes de febrero de 1798.

Augereau , á quien el directorio habia dado el mando del ejército de Alemania para desembarazarse de él se habia rodeado de los mas furiosos jacobinos , lo cual no podia menos de dar muchos recelos al imperio , que nada temia tanto como



el contagio de los nuevos principios, y así se quejaba mucho de los escritos incendiarios que se esparcian por la Alemania. Estaban en tal fermentacion las cabezas en Europa, que no era necesario suponer la intervencion francesa para explicar la circulacion de los papeles revolucionarios; pero le importaba mucho al directorio evitar todo motivo de queja y ademas estaba poco contento de la conducta turbulenta de Augereau, y así le quitó el mando y le envió á Perpiñan bajo pretexto de reunir allí un ejército, que segun se decia estaba destinado á obrar contra Portugal. Instigada por Pitt aquella corte no habia ratificado el tratado hecho con la república, y se la amenazaba de ir á castigar en ella á una aliada de la Inglaterra; pero en realidad de verdad esta no era mas que una vana demostracion, y la comision de Augereau una desgracia disimulada.

Ademas de las relaciones directas que la Francia principiaba á entablar con las potencias de Europa, tenia que dirigir, como ya hemos dicho, á las nuevas repúblicas las cuales no podian menos de estar agitadas con los contrarios partidos y era obligacion de la Francia evitar las convulsiones que ella misma habia experimentado. Ademas estaba llamado y pagado para esto solo puesto que tenia ejércitos en Holanda, en la Cisalpina y la Liguria mantenidos á costa de las repúblicas. Si

bajo pretexto de no atentar á su independencia las dejaba entregadas á sí mismas era muy peligroso que ocurriera ó bien una contra-revolucion ó un desenfreno jacobínico. En el primer caso habia peligro para el sistema republicano y en el segundo para el mantenimiento de la paz general. Si los jacobinos hubieran tomado la preponderancia en Holanda eran capaces de indisponer á la Prusia y á la Alemania y si llegaban á mandar en la Cisalpina y la Liguria, podian muy bien alborotar la Italia y precisar al Austria á volver á la guerra. Por tanto era indispensable moderar la marcha de aquellas repúblicas pero al tiempo mismo que se las moderase aparecia otro inconveniente. Se quejaba la Europa de que la Francia habia hecho de ellas mas bien unos súbditos que unos aliados y se la reconvenia de que aspiraba á una dominacion universal, por todo lo cual era indispensable elegir agentes que tuviesen exactamente la opinion conveniente en el pais de su residencia y el tacto necesario para hacer sentir la mano de la Francia sin que apareciese muy visiblemente. Ya se echa pues de ver que habia dificultades de mas de un género para mantener los dos sistemas opuestos sin que chocasen el uno con el otro. Ya les hemos visto estarse batiendo durante seis años, y ahora les veremos estar otro entero en negociaciones y en ellas mismas se echará de ver



mejor que en la misma guerra cuan incompatibles eran uno con otro.

Ya hemos descrito los diferentes partidos que dividian á la Holanda esto es el moderado y prudente que deseaba una constitucion unida y templada, el cual tenia por enemigos á los orangistas que eran criaturas del Stathouder, á los federalistas partidarios de las antiguas divisiones provinciales que aspiraban á dominar en sus provincias sin querer aguantar mas que un débil vínculo federal; y últimamente á los demócratas ó jacobinos que querian la unidad y la democracia puras. El directorio tenia que apoyar naturalmente al primer partido enemigo de los otros tres por que sin incidir en ninguna de sus opuestas exageraciones queria conciliar el antiguo sistema federativo con una suficiente concentracion del gobierno. Se ha murmurado mucho del directorio diciendo que queria introducir en todas partes la república *una é indivisible* y en general se ha equivocado mucho su sistema sobre este punto. Siempre hubiera sido un pensamiento profundo aquella idea de república *una é indivisible* imaginada en el año de 93 aun cuando no hubiese sido parto de un instinto poderoso. Un estado tan homogéneo y tan bien constituido como la Francia era incompatible con el sistema federativo, y si hubiese tenido la desgracia de admitirle viéndose tan

amenazada era necesariamente perdida, porque ni convenia á su conformacion topográfica, ni á su situacion política. Verdad es que tambien hubiera sido muy absurdo exigir en todas partes la misma *unidad é indivisibilidad* que en Francia, pero el directorio que se hallaba colocado al frente de un nuevo sistema y precisado á buscarle aliados poderosos debia procurar dar consistencia y fuerza á sus nuevos aliados y es imposible obtener ni una ni otra sin un cierto grado de concentracion y unidad. A esto se reducía el pensamiento, ó digamos mas bien el instinto que dirigia y debia dirigir casi sin saberlo á los gefes de la república francesa.

La Holanda con su antiguo sistema federativo se habria visto reducida á una completa impotencia porque su asamblea nacional no habia podido todavia darla una constitucion, sino que estaba sujeta á todos los reglamentos de los antiguos estados de Holanda, donde dominaba el federalismo, y los partidarios de la unidad y de una constitucion moderada pedían la abolicion de aquel reglamento, y el pronto establecimiento de una constitucion. Acusaban al plenipotenciario Noël de que favorecia á los federalistas, y la Francia no podia diferir tomar algun partido, por lo cual determinó enviar á Joubert para que mandase el ejército de Holanda, el cual era uno de los tenien-



tes de Bonaparte en Italia, célebre desde su marcha por el Tirol, modesto, desinteresado, valiente y buen patriota. Reemplazó á Noël con el antiguo ministro de negocios estrangeros Delacroix, en lo cual podia haber hecho mejor eleccion pero por desgracia el directorio tenia poquísimos hombres útiles para la diplomacia, porque aunque habia muchos bastante instruidos entre los miembros de las asambleas actuales y anteriores, no eran hombres acostumbrados á las formas diplomáticas, sino gente áspera y dogmatizadora, siendo muy difícil encontrar sujetos que concilian la firmeza de los principios con la urbanidad de los modales, que era lo que se necesitaba entre los enviados á pais estranero para que supiesen hacer respetar nuestras doctrinas sin ofender las preocupaciones de la antigua Europa. Cuando llegó á Holanda Delacroix asistió á un convite que daba la comision diplomática á todos los ministros estrangeros, y despues de haber tenido en su presencia un language enteramente demagógico, dijo en alta voz con el vaso en la mano: *¡Por qué no ha de haber algun bätavo que se atreva á dar de puñaladas el reglamento sobre el altar de la pátria! Ya se deja discurrir el efecto que producirian entre los estrangeros semejantes botaratadas; pero lo que sucedió fué que no tardaron en dar de puñaladas al reglamento. Cuarenta y tres diputados habian*

ya protestado contra las operaciones de la asamblea nacional, y habiéndose reunido el dia 22 de enero 1798 en el palacio de Harlen apoyados por nuestras tropas, procedieron como se habia hecho cuatro meses antes en Paris el 18 de fructidor. Escluyeron de la asamblea nacional á cierto número de diputados sospechosos, encerraron á algunos de ellos, anularon el reglamento y organizaron la asamblea en una especie de convencion, de suerte que en pocos dias quedó redactada y puesta en vigor una constitucion semejante á la de Francia. Queriendo imitar á la convencion los nuevos corifeos, formaron el gobierno de unos cuantos miembros de la asamblea actual, y se constituyeron á sí mismos en directorio y en cuerpo legislativo. Siempre los que se presentan para hacer esta clase de movimientos suelen ser los mas decididos de su partido, y era de temer que el nuevo gobierno bätavo estuviese demasiado impresionado de democrácia, y que con un embajador como Delacroix, escediese los límites que el directorio frances habia querido trazarle. No dejó aquella especie del 18 de fructidor en Holanda de dar ocasion á que la democrácia europea y particularmente la prusiana, dijese que la Francia gobernaba á la Holanda y se estendia de hecho hasta el Texel.

La república Liguriana estaba en bastante



buen camino, aunque secretamente instigada, como todos los estados nuevos, por dos partidos igualmente exagerados. En cuanto á la Cisalpina, reinaban en ella las mas violentas pasiones, porque dominaba el espíritu de localidad entre los antiguos estados sucesivamente desmembrados por Bonaparte. Además de este espíritu, digámoslo así, provincial no dejaban de agitar violentamente á la república los agentes del Austria, los nobles, los clérigos y los democráticos acalorados; pero estos últimos eran los mas peligrosos porque tenían un poderoso apoyo en el ejército de Italia, compuesto, como todo el mundo sabe, de los patriotas mas fogosos de Francia. Igual trabajo le costaba al directorio dirigir el espíritu de aquellos ejércitos en pais extranjero, que el de sus ministros, y en ello encontraba tantas dificultades como en todo lo demás. Todavía no habia enviado ministro alguno cerca de la nueva república, y solo Berthier, como general en jefe, estaba representando al gobierno frances. Se trataba de arreglar por medio de un tratado de alianza las relaciones de la nueva república, con la república madre, y este tratado se redactó en Paris, y se envió á la ratificación de los consejos. Por él contrataban las dos repúblicas alianza ofensiva y defensiva para todos los casos, entre tanto que la Cisalpina crease un estado militar, la concedia la

Francia un auxilio de 25 mil hombres con las condiciones siguientes. Era obligacion de la Cisalpina proporcionar local para los cuarteles, almacenes, hospitales y 10 millones de francos anuales para la manutencion de los 25 mil hombres. En caso de guerra debia pagar un subsidio extraordinario. La Francia abandonaba á la Cisalpina una gran parte de la artilleria cogida al enemigo para que pudiese armar sus plazas; las cuales condiciones no contenian nada escetivo pero con todo eso muchos diputados cisalpinos de su consejo de los Ancianos, que estaban mal dispuestos con el régimen republicano y con la Francia, pretendieron que el tratado era demasiado oneroso, y que se abusaba de la dependencia en que se hallaba el nuevo estado y lograron desaprobar el tratado. Era evidente que solo la malevolencia podia dictar aquella disposicion y que cuando Bonaparte se vió precisado á elegir él mismo los miembros de los consejos y del gobierno, no habia podido asegurarse de todas las elecciones y era indispensable modificarlas. En efecto se modificaron militarmente por Berthier los consejos actuales nombrados tambien militarmente por Bonaparte. Separó aquel algunos de los individuos mas obstinados y volvió á presentar de nuevo el tratado que fue admitido inmediatamente. Era sensible que la Francia se viese todavía precisada á mostrar su influjo,



porque inmediatamente pretendió el Austria que se habia faltado á todas las promesas hechas en Campo-Formio y que la Cisalpina no era una república independiente, sino evidentemente una provincia francesa. Puso muchas dificultades para admitir al ministro Marescalchi <sup>5</sup>, acreditado cerca de ella por el gobierno de la Cisalpina. El territorio formado por la Francia y las nuevas repúblicas se encajonaba con la Europa feudal del modo mas peligroso para los dos sistemas, de suerte que la Suiza, todavia enteramente feudal á pesar de ser republicana estaba incorporada con la Francia, lo mismo que la Savoya, que era provincia francesa y la Cisalpina. El piamonte, con quien la Francia habia contraido alianza se veia rodeado de ella, de la Savoya, de la Cisalpina y de la Liguria. Estas dos últimas rodeaban al Parmesano y á la Toscana, y podian comunicar su fiebre á Roma y á Napoles. Habia recomendado el directorio á sus agentes la mayor reserva, prohibiéndoles que diesen esperanza alguna á los democratas, y tanto Guinguené en el Piamonte, como Cacaoult en Toscana, José Bonaparte en Roma y Trouvé en Nápoles tenian orden espresa de mostrar las mas amistosas disposiciones á los príncipes cerca de los cuales residian. Debian asegurarles que las intenciones del directorio de ningun modo propendian á propagar los principios revoluciona-

rios, sino que se contentaria con mantener el sistema republicano donde ya estuviese establecido, pero sin hacer la menor cosa para estenderle á las potencias que se conduciesen lealmente con la Francia. Eran en efecto sinceras y juiciosas las intenciones del directorio, porque aunque sin duda desease los progresos de la revolucion no debia propagarlos ya por medio de los ejércitos, y no convenia en manera alguna que en caso de estallar alguna revolucion en los nuevos estados, se pudiese reconvenir á la Francia de haber tomado parte activa en ella. Ademas estaba la Italia llena de príncipes parientes ó aliados de las grandes potencias, á quienes no se podia perjudicar sin esponerse á grandes hostilidades. El Austria no dejaria de intervenir en favor de la Toscana, de Nápoles ó tal vez del Piamonte, y la España intervendria ciertamente en favor del príncipe de Parma; por todo lo cual era necesario evitar toda responsabilidad en caso de que viniesen á ocurrir nuevos sucesos.

Estas eran las instrucciones del directorio; pero no es facil gobernar á las pasiones y mucho menos á la de la libertad. ¿Como podia la Francia impedir que los democratas franceses estuviesen en correspondencia con los Piamonteses, Toscanos, Romanos y Napolitanos, y que les comunicasen el fuego de sus opiniones, estímulos y es-